

DISERTACION

SOBRE

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA.

ESCRITA

PARA SERVIR DE INTRODUCCION

AL CURSO TEÓRICO-PRÁCTICO DE ORATORIA SAGRADA.

C' est en Chaire, où d' un Dieu l' eloquence est l' organe;
C' est là qu' elle est sublime, et que la verité
Semble émaner du sein de la Divinité.

MARMOUTEL. Discours sur l' eloquence.



DESDE la cuna del cristianismo, en que los discípulos del Salvador ostentaron á la faz de la tierra, en los primeros triunfos de la palabra santa, los augustos y sublimes destinos de la nueva Jerusalem, la elocuencia sagrada traspasó con mucho aquella órbita de poder que toda la antigüedad habia sentido bajo la influencia de sus mas grandes oradores, y que llegó á imprimir la marca del genio sobre los foros y tribunas para siempre célebres de Atenas y de Roma. A pesar de ciertas diferencias que algunas bellezas de pormenor podian presentar entónces para mantener la balanza suspensa por lo ménos bajo la mirada sagaz de la crítica, la revolucion inmensa producida en las ideas, en las doctrinas,

en las costumbres, en los sistemas religiosos y en las instituciones sociales por doce pobres pescadores, á quienes el mundo habia visto salir como de la nada, bien claramente descubria, que la elocuencia entraba en una nueva carrera, cambiando á la vez de origen, de elementos, de rango, de títulos, de destinos y aun de gloria. Era preciso haber visto desplomarse de hecho los templos y los altares del paganismo, y al patíbulo del Calvario atravesar en triunfo por un lago continuo de sangre la dilatada carrera de tres siglos; haber presenciado aquella sancion augusta y sublime que el dogma sacrosanto de la unidad de Dios recibió en la primera junta ecuménica de Nicea, saliendo de los labios de sus venerables pontífices al frente de un símbolo que tomando el vuelo del águila, pasó hasta los mas remotos paises, multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, y haciendo caer pueblos y reyes al pié de la cruz; observar cómo este símbolo, atravesando con magestad por la serie de las generaciones, ha llegado hasta nosotros con el esplendor de todas las glorias, con el respeto de todas las sociedades, con los magníficos tributos de todos los siglos; era necesario ver nacer al calor fecundo de esa elocuencia santa una filosofía nueva, una poesía nueva, artes nuevas, instituciones nuevas, y una humanidad enteramente trasformada: todo esto era necesario, repetimos, para poder mirar frente á frente esta elocuencia divina que ha hecho postrar ante los nombres de Pablo, de Agustín y de Bossuet al genio, al talento y la virtud.

¡Será extraño, en vista de todo esto, que la elocuencia sagrada lleve constantemente una noble y digna primacía entre todos los géneros de literatura que ha hecho nacer y progresar el arte sublime de la palabra? En sus primeros triunfos van á ver confundido con gloria su nacimiento casi todas las instituciones, y á ella debemos remontarnos para encontrar los primeros elementos de la civilizaci6n moderna. La elocuencia tribunicia y forense, que no quedaron en pié sobre el sepulcro de las antiguas instituciones políticas, á las cuales habian debido su origen, su carácter y su rango, tampoco podian salir de la esfera de los recuerdos á figurar con dignidad y aun con ventajas en sociedades tan diversas, si no se formulaban, digámoslo así, en el padron ilustre del cristianismo, tomando cierto aire de familia que dejara entre-

ver su comun origen con la elocuencia sagrada. El foro y la tribuna antigua quedaron en la historia, y su elocuencia pasó al *teatro* entre los modernos, haciendo palpar de esta suerte, que habia finalizado su época, no pudiendo figurar ya sin ironía en nuestros parlamentos y tribunales.

Mas esa misma elocuencia sagrada, que habia sido toda inspiracion en los labios de los profetas, cambió de rumbo y de carácter en los discursos del sacerdocio cristiano. En el plan de Jesucristo vemos constantemente dos órdenes combinados, el natural y el sobrenatural, y por esto, al estudiar su espíritu en la conducta del hombre, sorprendemos á cada paso en lo especulativo la razon y la fe, y en lo práctico la naturaleza y la gracia. He aquí porqué el genio, el talento, el saber y todas las demas cualidades del espíritu y las prendas del corazon entran á la parte con la mision divina y el carácter sacerdotal en el inmenso reporte de gloria que tienen á favor suyo sobre la admiracion y el reconocimiento de los pueblos las eminentes producciones del orador sagrado. He aquí porqué nos es lícito hacer figurar ese género entre los que honran y embellecen la gloria del espíritu: he aquí porqué la crítica tiene un diploma para juzgar del mérito literario y artístico en obras de esta naturaleza, fijar sus categorías y asignar á cada orador evangélico, con independencia de las virtudes y del celo, el rango que debe ocupar en la galería de los hombres célebres por las várias dimensiones de su genio, los diferentes grados de sus talentos, la profundidad comparativa de su saber y la delicadeza y finura de su diccion. He aquí porqué en la república de las letras, como en el teatro de la sociedad, hai dos órbitas, dos poderes, dos autoridades igualmente permitidas por Dios: un legislador para los dogmas y las costumbres, y un legislador para las reglas y el arte; tribunales y censura para mantener en su pureza la moral y la fe, criterio y gusto para distribuir los asientos ó negarlos tambien en el recinto de la celebridad literaria.

Se ha visto por lo mismo en todas épocas con el mas vivo y grande interes el estudio y cultivo de la oratoria sagrada; y esto nos basta para entrar en materia sin detenernos á justificar previamente su importancia. Es nuestro ánimo observar en esta disertacion el verdadero genio de la elocuen-

cia sagrada, mostrar sus destinos y bosquejar su gloria: empeño difícil en verdad, pero trabajo que no será del todo estéril, si atinamos al ménos con algunos puntos dominantes á donde llamar el talento de la juventud que se prepara con el estudio de las ciencias eclesiásticas á ejercer el santo y glorioso ministerio de la palabra divina.

¿Cómo llegar á este resultado? Determinando con exactitud los principios constitutivos, la filiación propia y las relaciones universales de un género que, visto bajo todos sus aspectos, campea noblemente y sin rival en el vastísimo teatro de la literatura; pues encierra por una parte los inapreciables tesoros de la sublimidad, domina por otra en la región de los sentimientos, y se apodera sin esfuerzo de todas las facultades del hombre para subyugarle por la admiración, vencerle por el temor ó la esperanza, ganarle con las imágenes peregrinas de la virtud y la felicidad, haciéndolo entrar todo en el círculo de su pensamiento, y atando con lazos indisolubles á Dios con la humanidad, á la tierra con el cielo.

Tres cosas hai que estudiar en la elocuencia sagrada, para sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¿Cuáles? Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunión actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto comun de la razón y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresión total reconocemos el código de la razón y del buen gusto: he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la misión divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofía; lo tercero en la crítica literaria. Es visto, pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institución divina, como un agente de civilización, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Mientras los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tu-

vo mas teatro que el de las pasiones para lisongearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputación literaria, ni otro fin que el interés particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamas ocurrió á los antiguos que aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavía el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Cicerón en la de Roma, después de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entonces los homenajes de admiración y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse más el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado juntamente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente después que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los Césares, tambien las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio sobremanaera gratos al oído del vanidoso Augusto, y las quejas melodiosas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situación tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincón de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido.—“Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado (1).”

(1) Marc. Cap. 16, vv. 15 et 16.